

## MANUEL FOMBONA PALACIO

Tema: "Caracteres Épicos de la Guerra  
de la Independencia en Venezuela"  
7 de julio de 1901

*Señor Director: Señores Académicos:*

Cuando el más grande de los oradores latinos, interrogado por Marco Bruto acerca de las varias calidades de la elocuencia, juzgó empresa difícil, tanto en el orden sucesivo de la vida como en el ejercicio magisterial de la palabra, hallar la fórmula de lo conveniente, puso tal vez en olvido, bajo el influjo de su propia superioridad, el poder soberano que reserva en ciertos casos a los desheredados de la inteligencia, ideas capaces de señalarles rumbo fijo en el camino de una noble aspiración. La ley providencial no deja perder el más ligero brote del espíritu ni tornarse infecunda la llama de un noble deseo, por débiles que aparezcan sus principios esenciales. Así vemos a veces a entendimientos inferiores recorrer con gallardía órbitas de luz, auxiliados por una pasión sublime, o a mendigos de la ciencia ceñir temporalmente la corona del sabio, a virtud de la doctrina en que inspiran sus palabras o en fuerza de los sentimientos a que subordinan sus concepciones.

De ahí que no resulte ni abrumadora ni ímproba mi tarea de hoy. Al entrar a la parte en la honrosa labor que constituye el objeto primordial de este docto Cuerpo, me ocupan el ánimo dos ideas de superior alteza, la de la gratitud que os debo y la de la Patria que adoro, bastantes a neutralizar, cada una de por sí, la flaqueza de mi entendimiento, y a infundirme en este acto, de verdadera prueba para la humildad de mi espíritu, el valor de la fortaleza y la fe de la victoria.

Si la gratitud ha de confortarme en la trabajosa empresa a que me dispongo, la Patria será el único norte en mi obligatoria peregrinación por el campo de los hechos; ya que solicitar simiente de grandeza en ajenas heredades o en lejano terruño, cuando el solar nativo me brinda mies tan abundosa, fuera imitar al descastado hidalgo a quien halagan más los títulos de extraño abolengo que los venerandos pergaminos en donde aparecen, con testimonio irrecusable, las virtudes constitutivas de su linaje y de su nombre. Y, además, he tardado tanto en acudir a vuestro honroso llamamiento, que debo, al solicitar la anhelada remisión para mi culpable morosidad, ofrecer en el recuerdo de las nobles hazañas acabadas por nuestros mayores, uno como presente de gloria, tan contrapuesto a mi pequeñez como digno de la alteza y de los fines de esta Corporación Nacional. Pero antes de trasponer el pórtico del templo en donde se guardan las tradiciones de la magna lucha, genitora de nuestra Independencia, permitidme detener el paso al borde de una tumba, y colocar en ella, con fraternal afecto, la rama de ciprés que traigo como homenaje a la memoria de mi antecesor.

Caballero cumplido en las lides de la inteligencia y justador de pro en el palenque social, supo recorrer el campo de la vida sin apurar por sí ni ofrecer a sus semejantes la copa de acíbar que tan a la mano se encuentra en el combatido escenario de las letras humanas. La toga de Magistrado que más de una vez vistió con señorío, no fue parte a cambiar la índole de su ingenio, siempre festivo y decididor; y cuando alejado del vórtice de la política se apacentaba en otra suerte de estudios, volvía de sus amenas excursiones por los espacios de la poesía y por los senderos de la sana crítica, acompañado de algún nuevo fruto de su espíritu,

como gaje de acendrada laboriosidad. Quien pudo, como él, conquistar el afecto de sus coetáneos y la estima de los que llegamos más tarde a pedir lugar en la palestra, bien merece el tributo de nuestro dolor; y así no extrañaréis que guarde un instante de religioso silencio al pronunciar aquí el nombre del Señor Doctor Andrés Antonio Silva.

## I

*Señores Académicos:*

Enaltecidos por el Arte guarda cada pueblo de la antigüedad los hechos formadores de su génesis político, como si en el plan superior del concierto humano hubiera entrado desde las primeras épocas de la vida social, comunicar a la acción iniciativa de los sabios y de los héroes la fuerza de proyección necesaria para sacudir el marasmo de las generaciones futuras, y transfundirles, con el fuego del estímulo, el entusiasmo de la gloria. De ahí que la Epopeya, llamada en sentido didascálico "apoteosis estética de la Historia", haya venido a ser en el decurso de los siglos elemento recordativo de singulares sucesos, a los cuales presta ella siempre, sin desvirtuar su naturaleza intrínseca, cierto carácter de excelsitud, para sustraerlos del orden natural de la existencia y presentarlos, al modo de señeras cumbres, en el campo de lo Pasado, como enseñanza del alma y embeleso de la imaginación. Nada peregrino puede resultar así el empeño de los que miden la grandeza histórica de las Naciones por la calidad de sus leyendas guerreras o por el espíritu de sus proezas tradicionales; como nada de extraño ha de ofrecer el anhelo de aquellos que inquietan al través de las creaciones teúrgicas o de la intervención del *Deus ex Machina*, la verdadera, la genuina, la originaria idea del Poema heroico, en su estrecha correspondencia con el tiempo en que la acción se determina.

Hay tal enlace, nexo tan íntimo entre el pensamiento generador de toda gloriosa transformación política y el deseo, por parte de sus nobles cooperadores, de vivir en la memoria de la posteridad, que vanamente aspirarán los Horneros de las contiendas emprendidas con el estímulo de la Independencia nacional, a crear tipos de heroísmo capaces de exceder en lineamientos morales a los que da de sí la lucha misma cuya alteza les sirve de inspiración. La prueba mejor de este aserto bien podremos hallarla en nuestro propio suelo con sólo convertir la mirada al vasto palenque donde se libró, desde 1813 hasta 1823, a la instable suerte de las armas, el éxito de aquella declaración sublime, rubricada por escaso grupo de patricios en uno de esos momentos solemnes de la Historia, en que parece detenerse el horario de los siglos como anheloso de marcar más hondamente un punto de grandeza en la ruta de la Humanidad.

Al ofrecer a vuestra sabia consideración, como tema del presente discurso, LOS CARACTERES ÉPICOS DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA EN VENEZUELA, no haré sino ponerlos delante de los ojos, a modo de lisonjera remembranza, la grandeza de aquellos varones que tanto habrá admirado antes de ahora cada uno de vosotros en muy justificados trasportes de patriótico orgullo.

## II

Los genios de la Epopeya recorren en extensa órbita, por medio de pasmosas síntesis, todos los hechos relacionados con el nacimiento y la ruina de los Imperios; reproducen en maravillosas escenas el máximo esfuerzo del Adalid invencible a quien toca llevar la

ponderosa carga de una idea hasta la meta de su realización; definen las creencias, describen los ritos y diversifican las aspiraciones de las sociedades, como penetran en lo más hondo de las almas con el irresistible poder del vidente, para inquirir la gestación misteriosa de las pasiones, patentizar su crecimiento, asistir a sus grandezas o a sus veleidades, y contemplarlas, por último, ya en el vértigo de la caída, ya en la altura casi inaccesible de donde no se desciende sino bajo la salvaguardia de la Gloria. Resulta de ahí la Épica más difícil en su cultivo y más noble en sus manifestaciones que los otros géneros de la poesía universal; y, por cuanto su radio abarca en cierto modo la Dramática y la Lírica, que son a las veces derivación suya, no puede haber movimiento del espíritu, estado de la conciencia, a que no ofrezca ella amplia cabida, bien se trate de temas nacidos de la Política y de la Historia, bien de asuntos del orden psíquico, en cuyas peripecias ha de intervenir siempre la facultad creativa como fuerza capaz de establecer el vínculo indispensable entre lo interno y lo externo, entre lo fundamental y lo accesorio.

Imposible, por ende, circunscribir a determinados hechos la acción del genio o del bardo que aspira a sacar de lo incomunicable y de lo maravilloso representaciones de carácter moral, para ofrecerlas con todos los arreos del Arte a la contemplación de las generaciones venturas, encerradas en el cuadro viviente de la Epopeya.

"El ejemplo heroico", diremos con uno de los renombrados preceptistas modernos, "la virtud sublime, la perseverancia, la abnegación, inflaman el sentimiento, el cual subyuga a su vez a la inteligencia y vence a la voluntad, hasta cumplirse un misterio adorable en la unidad del espíritu, con rapidez que resulta inexplicable para el análisis."

Y a la verdad: allí donde el infortunio abisma por su intensidad y su grandeza, donde el amor conmueve por la ternura de sus sacrificios, donde la ecuanimidad manifiesta sus más señalados triunfos, donde la fe recuerda sus inefables inmolaciones, allí habrán de hallar siempre los augustos representantes de la poesía heroica objeto sensible a sus anhelos inmortales, y de allí extraerán en todo tiempo, como de inexhausto venero, el oro acendrado que necesitan sus creaciones, si están destinadas a pasar a las edades pósteras como paradigmas de enseñanza y modelos de hermosura.

Cuando el patriarca de Hus se tiende consternado sobre su lecho de fiemo y hace enmudecer con sus ayes a la Naturaleza misma, vemos surgir, como a la acción irresistible de un poder soberano, la sublime epopeya del dolor. Cuando la acongojada esposa de Rama, el héroe del gran poema indio, se arroja sobre el ara de los holocaustos cual voluntaria víctima de la fe conyugal, nos parece asistir al enaltecimiento del amor en una de sus más heroicas representaciones. Si vemos al gran filósofo ateniense erguirse ante sus inexorables acusadores y librar al prolijo examen de su vida la mejor o la más eficaz de sus defensas, tendremos que descubrir en esa integridad de ánimo, en esa plenitud de espíritu, la expresión épica de la conciencia humana, poseída de sus eternos atributos. Y si nos damos a recordar la entereza con que Dionisio Areopagita, ya casi carbonizado por el fuego martirizador, exalta desde su propio suplicio la virtud de su creencia, habremos de comprender cuánto de grande guarda la fe religiosa como elemento primordial de poesía para toda obra en que se glorifiquen las magnas acciones de los hombres.

Ora eternice la Epopeya, al modo de los cantos homéricos, el espíritu bélico de dos pueblos en lucha; ora rememore, como en el poema latino, la transfusión de nueva savia civilizadora en cuerpos políticos de diversificada tendencia, ya celebre, a la manera del inspirado cantor lusitano, los hechos de una edad sedienta de nobles aventuras; ya concentre en foco irresistible, cual lo hizo el bardo de Sorrento, todos los anhelos del alma cuando pelagra o se abate alguna de las ideas representativas de su culto, nunca dejará de ofrecer esa eximia manifestación del Arte, a la par de cada ejemplo de heroísmo, un símbolo de grandeza

moral o histórica, por efecto de la dualidad misteriosa que hace de algunos seres tipos sobrenaturales, capaces de personificar todas las pasiones de una época y todas las esperanzas de una generación.

En el orden de los sucesos humanos, máxime si se cumplen superiores designios a que el deseo social presta eficaz concurso, no cuadra la condición virtualmente epónima sino al ente apto para resumir, con las tendencias y peculiaridades de su tiempo, el conjunto de deseos vinculados en un principio político o nacidos de una necesidad histórica más o menos manifiesta. Por ello son tan contados los héroes que representan de manera cónsona con la verdad de los hechos las transformaciones radicales de los Estados; de donde nace la admiración rendida en ciertas edades, hasta por medio de la vitanda exterioridad del culto, a los hombres que condensan en sí propios, al modo de Timoleón en Sicilia o de Herman entre los Queruscos, las aspiraciones colectivas de un pueblo. Otros brillantes adalides pueden ver cantada su venganza como el hijo de Peleo y celebrada la traslación de sus Penates o la doble conquista de su corazón y de su brazo como el vencedor de Turno; pero no aparecer, como el General corintio, al lado de Paulo Emilio en los cuadros de Plutarco, ni hallarse, a la manera del libertador germánico, exaltado al través de los siglos por la musa severa de Klopstock, en leyenda henchida de sentimiento y de belleza. El Cenáculo de la Gloria tiene sede para todos los grandes; mas los que entran en su recinto ataviados con la clámide triunfan al mismo tiempo que con el nimbo de la gratitud pública, adquieren títulos singulares al respecto de la Historia, como algunos de los magnos varones a quienes debemos nombre y Patria y en cuyas bizarras acciones podemos ver el reflejo de la doble grandeza que constituye el carácter épico de los supremos Libertadores.

### III

La idea de la Independencia tuvo en Venezuela, aun después de comprendida su alta significación moral, tremendas alternativas a que no puso cabo sino la constancia de un hombre en quien había atesorado todos sus dones la fortaleza y el heroísmo sus mejores atributos. Al expirar el aciago año de 1812 trata él de recoger los destrozados fragmentos de la bandera patria, y desde territorio hermano apellida guerra, no como el rey de Micenas para el rescate de liviana princesa admirada por su hermosura, sino como el héroe cruzado, para el cumplimiento de nobles aspiraciones radicadas en la conciencia.

Convertido de subalterno en director, aun a trueque de verse, por obra de bastarda emulación, tildado de indisciplinable, habla desde el principio de su carrera a los altos Poderes políticos el lenguaje del triunfo, y mientras anonada y pulveriza las huestes de Correa e invade con paso de titán el suelo rendido otra vez a la idea realista, esparce a los vientos el polen de la gloria, que vuela de zona en zona hasta llegar, fresco y prolífico, en progresivo aumento, a las comarcas orientales, donde el grupo de patriotas reunidos en el solitario peñón de Paria lo recoge y alienta, para plantarlo a poco, ya con pleno vigor, en el ensangrentado campo de Maturín.

La naturaleza pudiéramos decir simultánea de los actos con que abre aquel héroe el palenque destinado a proezas memorables, no tiene acaso ni en los más resplandecientes cuadros de la epopeya antigua semejanza capaz de resistir a la austeridad del análisis. El impulso iniciativo de la guerra requería, para obtener positiva eficacia después de los desastres de 1812, una especie de acción multiforme, cuyos resultados se viesan por todos los ojos, se palpasen por todas las manos, y fueran suficientes a neutralizar el doloroso pesimismo de los que ya no usaban sino la nota de la elegía y el lúgubre tono del epitafio cuando se hablaba del sentimiento de la Libertad y de la idea de la República.

En las horas de solemne prueba el adalid de la Patria parece agigantarse. Los obstáculos morales y materiales engendrados por la división de los espíritus allá en las regiones de donde espera facultades y socorro, lejos de hacerle cejar en el heroico empeño, lo mueven a desasirse, con pasmosa presciencia, de cuanto pueda ser ocasión de futuras contrariedades; y, ya dueño de sí propio, señor de su voluntad, soberano de su albedrío, despliega del todo el pendón de la lucha, y se esfuerza por que a su sombra acudan, magnetizados por el ascendiente del éxito glorioso, cuantos nieguen aún la alteza de los principios que han de ser como el paladión de los libres en la comenzada contienda.

Cuando el poderoso Atrida, rey de reyes, convoca toda la hueste griega que hace gemir la tierra bajo sus pies, y socorrido de las prudentes razones de Néstor y de la sabia elocuencia de Ulises excita a los capitanes a la pelea, su voz es la del guerrero a quien el vencimiento del enemigo, pedido a los dioses con interesable ofrenda, seduce y halaga, no como satisfacción de gloria sino como medio de abreviar la bélica empresa y de dar a los fatigados miembros, tras nueve años de exterminadora brega frente a los dardanios muros, la dulce calma y la placidez voluptuosa soñadas y presentidas lejos de la mansión señorial. Más longánimo que el primero de los aquivos el adalid venezolano, no cuenta los pasados infortunios de la Patria sino para deducir enseñanzas provechosas, ni se embebe en la delectación de goces futuros sino para infundir en los mantenedores de la demanda la fe a que de grado el alma se entrega cuando en el sucesivo encadenamiento de los hechos presente la acción de lo sobrenatural.

#### IV

El concurso de circunstancias por que se guió la mente directora de nuestra guerra de emancipación, abre al poeta el más amplio espacio para descubrir y representar la parte que cupo a fuerzas incomunicables y desconocidas en aquel supremo empeño de la Patria. No es intervención atribuida a deidades convencionales la que ha de sacar de allí el genio de la epopeya, sino la superior e invisible hallada por la musa cristiana en todos los grandes acontecimientos sociales que transforman la vida de las Naciones.

Si los fines del Arte fueran los mismos en las diversas edades de la Historia, irían hoy los cantores de las conquistas humanas, como iban los bardos de Tesalia y de Beocia, a beber inspiración en las fuentes y manantiales consagrados a númenes y ninfas, en vez de recogerse en sí propios, hacerse, por decirlo así, consubstanciales con el hecho o el ser cuya glorificación se solicite, atar con el hilo de oro de las creencias más arraigadas en el espíritu de la época, los efectos y las causas, para comunicar a cada obra la unidad de ideas que es indispensable entre la mente que forja los modelos y la generación llamada más que otra alguna a contemplarlos y aplaudirlos.

El inmenso espectáculo de la Naturaleza no podía, según el autor del Genio del Cristianismo, despertar en los griegos y romanos las emociones que en nosotros. La vasta extensión del océano (dice) donde no veían ellos sino el palacio de Neptuno y la gruta de Proteo, hace surgir en nuestro ánimo el vago e indefinible anhelo de dejar la vida percedera y abismarse en el seno de lo infinito, en pos del Espíritu Creador. Explícate el noble sentimiento de que se constituye digno fiador el Vizconde de Chateaubriand, por esa especie de enlace misterioso que el alma establece de continuo entre las impresiones externas y sus innatas aspiraciones. Busca ella cómo borrar así el linde que la separa de la Naturaleza y hacer de los atributos de ésta nuevo elemento de poderío intelectual. De ahí las imágenes poéticas, de ahí los símbolos majestuosos, que no resultan sino manifestaciones naturales

engrandecidas o transformadas por obra de la fantasía. Para nuestro insigne compatriota Andrés Bello no hay percepción ni recuerdo que no despierte un tropel de ideas, encadenadas, ya por el vínculo de la semejanza, ya por el de la simultaneidad; y a idéntico orden de consideraciones obedece sin duda al sabio crítico francés que juzga capaz al artista, con el auxilio de lo material y lo visible, de imitar o representar lo invisible y crear modelos de arte mediante la ingenua copia de las maravillas de la Naturaleza.

Al paso que la inspiración consigue realizar tal prodigio, siente la necesidad de subordinar sus efectos al sentido moral predominante. No de otra suerte se interpreta el cambio de los ideales artísticos y la manera como ellos influyen en el concierto de las sociedades. El mismo recurso poético puede progresivamente diversificarse, según la idea psíquica o religiosa a que haya de obedecer su empleo en el curso de la epopeya. En La Jerusalén Libertada aparece Plutón, pero no el de Hornero, sentado en su negro alcázar, desde el cual comparte con Júpiter y Neptuno el dominio del Universo, sino el pertinaz enemigo de los humanos que, olvidado un instante de los rayos vengadores del Omnipotente, convoca con siniestro fin a los moradores de las eternas tinieblas

al ronco son de la tartárea trompa.

Si en El Paraíso Perdido figura el Caos, no es allí Deidad animada sino idea o principio que, en consorcio con la primitiva Noche, sirve de límite retroactivo a las fuerzas de la Naturaleza. El río de ondas de oro que en La Mesiada se ofrece como conductor de las Potestades angélicas para hacerlas entrar en coloquios con los hombres, en vez de crecer soberbio e hinchar su raudal como el Escamandro ante el espectáculo de la muerte, se repliega tristemente y vuelve a su origen, mientras lloran el pecado del mundo los bosques desiertos, donde antes se respiraba, cual aroma de perpetua ventura, el soberano aliento de Dios.

Cuando el cantor de Vasco de Gama entremezcla en su poema religiones tan antitéticas como la Helénica, la Muslímica y la Cristiana, con vagas reminiscencias de la teurgia índica, obedece a un disimulado sincretismo que el Arte mismo no hallará excusable sino en gracia de la majestad expositiva y de la correlación magistral de los sucesos. Lo maravilloso se muestra en las grandes creaciones épicas para aumentar la hermosura del relato, infundir en los hechos más amplia vida, magnificar el carácter de los héroes, y envolver, sobre todo, la acción general en una especie de atmósfera divina, inaccesible a todo bastardo influjo y a todo vulgar sentimiento. No se logra este fin si se confunden principios que en la mente conservan su natural separación. La gloria del poeta, lejos de consistir, como pensaban los sacerdotes del Oriente, en la creación de un lenguaje simbólico, casi metafísico, que tenga por objeto vestir y disfrazar ideas abstractas, estriba en la mayor fuerza o intensidad con que la pasión inspiradora del canto llegue a dominar las almas, hasta identificarlas por completo en la apreciación del adalid que se celebra, de la virtud que se ensalza, del acto que se condena o del vicio que se abomina.

Por efecto de un designio superior que nuestra razón cree descubrir en todas las grandes transformaciones de los pueblos, los desastres a que aparece sometida después de su comienzo la conquista guerrera de nuestra Independencia nacional, son a la postre crisol formidable, de donde resurge, más quilatado y vigoroso, el heroico sentimiento de los que habían dejado los estrados del civismo por los campos de batalla, cuando fue preciso sostener con la espada lo que acababa de preconizar la elocuencia. Las obras llamadas a vivir dentro de los dominios de la Fama necesitan cierta acción contradictoria para cobrar la virtud resistente con que, al modo del acero templado en las ondas del Tajo, han de contrastar el embate de otras fuerzas y pasiones empeñadas en su ruina o perecimiento.

Después de haber trazado un itinerario de victorias desde Cúcuta hasta Taguanes, convierte a todas partes los ojos el paladín de la República para estudiar los efectos morales de sus primeras conquistas en el estadio de la guerra. Los máximos colaboradores de aquella gloriosa cruzada, Urdaneta y Rivas, le rinden noble obediencia. Ajax de Telamón el uno por la tenacidad con que se sobrepone al conflicto para convertirlo en pro, y Diomedes el otro por la bizarra entereza de sus actos marciales, ambos han de contribuir a sacar ilesa la idea de la Independencia de pruebas terribles, aun cuando desdichado el último no logre ver, como el hijo de Tideo, en el postrer baluarte del enemigo su escudo victorioso. Mas al paso que ellos subordinan su esfuerzo al plan preconcebido por el depositario de la confianza pública, de las comarcas de Oriente llegan confundidos con los ecos del triunfo clamores de discordia. Los gallardos mancebos allí unidos por el ideal de la Libertad, se juzgan, acaso bajo el influjo de su propio valor, aptos para afrontar por sí solos todas las peripecias de la lucha; y la simultánea ambición de supremacía, eterna Briseida de la Historia, hace imposible o dificulta entonces, en bien del común enemigo, la unidad salvadora de la acción militar. Pero en medio de ese caos de aspiraciones lejos de poder hallar el cantor de nuestra Epopeya los vergonzosos efectos de la intemperancia atrida, habrá de descubrir la austeridad del patriota que, a fuero de Libertador consagrado por el entusiasmo popular, consigue atraer al dominio de su voluntad a los nuevos alumnos de la guerra, e inducirlos, con la fuerza persuasiva del ejemplo, a compartir con él triunfos y adversidades, hasta dejar cerrado de manera inesperadamente aciaga, pero siempre gloriosa, el primer período de la memorable contienda.

La serie de sucesos a que da fin el sangriento triunfo de Morales en las riberas del Guarapiche, ofrece contrastes desoladores, debidos, en verdad, a la prematura emulación de algunos de los mismos hijos de la Patria, o a la anticipada tendencia de otros a despertar instintos regionales, como fuerza neutralizadora de toda absorción individual. La parte, sin embargo, verdaderamente sombría de ese gigantesco cuadro, es la que forman las enconadas pasiones de los bandos combatientes, en el fondo de las cuales se dibuja, más que el numen de la guerra, el genio del exterminio, con su horripilante reguero de lágrimas y de sangre. Para recorrer con la luz de la Poesía las espesas tinieblas allí condensadas, fuerza es prescindir de todo intento filosófico y no ver sino la poderosa energía con que inmolaron nuestros Libertadores hasta sus propios sentimientos humanos en aras de la Independencia. Tal es el hermoso privilegio del Arte; limpiar de las escorias del mal las acciones gloriosas para ofrecerlas exentas de todo afecto negativo a la admiración de la posteridad. Compréndese así el noble anhelo con que la Baronesa de Stäel descubre en las obras maestras de la literatura cierta influencia singular, capaz de producir impresiones morales que predispongan el ánimo de modo irresistible a los actos más generosos.

Entre los elementos que lleva hasta hoy reunidos la musa de la Historia para erigir en nombre o por ministerio de la Poesía la columna miliaria de aquella era de horrores, de grandezas, de sacrificios y de triunfos, puede haber algunos en que aparezca menos positiva la alteza de los campeones de la Patria, por consecuencia de ese espíritu analítico que quiere hacer de cada héroe y de cada repúblico un simple objeto de disección moral. Como tal método investigador no cuadra al que solicita en las grandes proezas sólo motivos de enseñanza, y en los actos humanos, no el móvil personal, más o menos oculto, sino el efecto saludable, digno de perpetua recordación, queda a la crítica la peligrosa facultad de invadir los dominios de la conciencia, y libre a la Epopeya el campo exterior de los hechos para ensalzarlos o maldecirlos, según la influencia que hayan ejercido o ejerzan en el curso de las edades. Provechoso, empero, parece considerar que si la Historia es *maestra de la vida*, como la juzga el Orador romano, no puede, sin mentir sus atributos, valerse de formas inductivas para discernir las acciones de los hombres; y si *madre de la verdad*, como la llama el Príncipe

de los Ingenios españoles, tiene que negar su naturaleza al estudiar los orígenes de cada suceso con criterio acomodadizo o con miras convencionales. La parsimonia en los juicios, la austeridad en el procedimiento inquiridor, es lo que conviene al que oficia en los altares de esa Deidad augusta que, a semejanza de la Sibila, como asienta Lamartine, "no da al tiempo sus secretos sino hoja por hoja". Lo aventurado en las deducciones históricas constituye, al mismo tiempo que un peligro, un delito de lesa humanidad.

Aun los que aplican en América el más riguroso sistema al examen del primer período de nuestra lucha de emancipación, tienen que admirar, seducidos, por el esplendor de la gloria, la fortaleza mostrada entonces por los soldados de la República, y conceder la mejor prez, el primer blasón, al que, además de haberse constituido, tras el embate de contrapuestas ambiciones, en centro de todos los planes encaminados a la Independencia, pudo sobreponer su espada a la de todos sus conmlitones y hacer de ella

la formidable,  
arbitra de la bélica fortuna.

El respetable historiador Mitre, cuyo testimonio debe aquí considerarse mayor de toda excepción por el modo sistemáticamente severo como aprecia él en la obra acerca del general San Martín los actos políticos y militares del Libertador, no puede sustraerse en determinados casos de cierto entusiasmo noblemente guerrero, y rompe, al hablar del héroe venezolano, en frases de loor, allí donde su austera pluma parecía menos dispuesta a las frases elogiadoras.

"La primera marcha invasora de Bolívar", dice él, "por las vertientes occidentales de la cordillera que cruza el territorio de Venezuela, fue una serie de relámpagos que terminó con un rayo." "Sus victorias", agrega poco después, "eran el resultado de la celeridad de sus movimientos y del ímpetu de sus ataques." Y más adelante, al resumir la primera parte de la campaña de 1813, se expresa así:

"La rapidez para concebir y la audacia para ejecutar sin trepidación; la fortaleza para sobreponerse a los contrastes y el ímpetu heroico para ir siempre delante; el prestigio para dominar moralmente al enemigo e infundir confianza a los suyos; la intuición para prevenir las maniobras, aun cometiendo errores que el éxito coronaba, y la presencia de espíritu para utilizar sobre la marcha los frutos de sus victorias, tales fueron las grandes cualidades morales y militares que reveló como hombre de acción y de pensamiento en esta memorable campaña."

Prodigiosas son, en efecto, las condiciones guerreras que ofrece el Libertador desde su invasión impetuosa por los términos de Cúcuta hasta su inevitable salida por los límites del oriente. Mayores ocasiones de grandeza bélica y moral le están reservadas, en medio de otra serie de dolorosos quebrantos, holocausto consiguiente a toda concepción superior. Huérfana queda mientras tanto la República; pero al par que su genio creador forja desde otros horizontes, bajo la acción providencial, los rayos que han de hundir de una vez la férrea mole del régimen antiguo, los demás adalides de la patria se aperciben a nuevos intentos, y electrizados por el esplendor que irradian, como estrellas de gloria, Niquitao, Los Horcones, Taguanes, Bárbula, Araure, Mosquiteros, La Victoria, San Mateo y Carabobo, en medio de la noche formada por las sombras de La Puerta, de Aragua y de Úrica, evocan los manes de los héroes inmolados hasta allí por la causa de la Independencia, y sienten el deseo de emularlos, bajo emoción análoga a la que hizo exclamar a uno de los grandes poetas de nuestro tiempo:



Heureux qui pour la Gloire ou pour la Liberté,  
Dans l'orgueil de la forcé et l'ivresse du rêve,  
Meurt ainsi, d'une mort éblouissante et brève!

## VI

Nuevo aspecto cobra la lid al avanzar el año de 1815. Las llanuras que antes abortaban temidos centauros para lanzarlos, a la manera de los precitos escuadrones pintados por Milton, sobre las huestes de la República palpitan ahora sordamente al eco de los clarines de la Patria, y se pueblan de raudos jinetes que alzan en la diestra locuaces grímpolas tricolores, como señal de combate y como presagio de triunfo.

Ya no es el mismo hierro venezolano el destinado a desgarrar, como en 1813 y en 1814, las entrañas de los que pugnan por la Independencia. La voluntad popular parece haber adquirido mayor unificación. Legiones de allende el Océano, doctrinadas en los gloriosos encuentros de Bailen y Talavera, son las que llegan ahora ansiosas de esgrimir sus hasta aquí invencibles armas contra los retadores de Iberia. Invertidos sucesos y circunstancias vienen hoy, no los nuevos coligados griegos, sino los hijos del viejo Príamo, a rescatar por la fuerza el tesoro de que aquéllos se juzgan dueños con derecho legítimo y de que se han declarado en posesión con títulos irrevocables. Los modernos aquivos rompen súbitamente el letargo que siguió al sometimiento de Margarita. Más grandes que los de la Ilíada por la intrepidez que caracteriza sus acciones como por el estímulo con que van al combate, no miden ni cuentan las fuerzas contrarias, y llegan en el vértigo de la defensa hasta hacer de la temeridad una ley y de la muerte una consigna.

A los conatos de los héroes orientales corresponden ya en las regiones del apartado lindero granadino los efectos de la acción previsor de Urdaneta, aquel gran soldado que hace de la lealtad un acicate para el sacrificio y de la adivinación del peligro un incentivo para el valor. Por él se mantiene viva allí, en los días de mayor descaecimiento militar, la causa de la República; y por él, como por el hijo de Telamón en el séptimo canto de la Epopéya griega, salva sus fueros el ejército cuando todo parece coadyuvar a la preza del enemigo.

Aquiles, entre tanto, sale de su tienda, donde permanecía, no al modo del argivo en sus naves, dominado por la cólera, sino atento a la voz providencial que debía señalarle la hora de iniciarse en los secretos de la contienda.

Hegel, al tratar en su tan conocido curso de Estética acerca de los diversos géneros de la Epopéya, vincula gloria especial para el poeta heroico en cierta viviente armonía de los cuadros y caracteres de la obra, con la influencia moral de la época y las peculiares condiciones de cada localidad. Quiere que el poeta sea verdaderamente nacional por las ideas, las pasiones y los propósitos de sus personajes. Y ningún héroe, a fe, más apropiado que el célebre guerrero de las pampas venezolanas, para servir de medio artístico en la realización de ese fin. Tiene la voz de Estentor para dominar el eco de los torrentes y la mirada de Antar para medir la inmensidad de la llanura. Compañero de la Naturaleza, con ella siente y de ella recibe las grandes inspiraciones que han de valerle éxito asombroso en la pugna por la Independencia. El corcel que rige y la lanza que empuña, vienen a ser como el doble símbolo de su ideal y de su fuerza. Si aquél cruza airoso, como el pensamiento de los libres, la vasta extensión del llano, ésta penetra, como rayo de exterminio, en las falanges de los dominadores. Identificado, pudiera decirse, con esos atributos marciales, resulta patente en él la relación misteriosa hallada por el mismo Hegel entre los objetos de que el hombre se sirve para la vida exterior y el curso de su propia existencia. "La casa solariega —dice el filósofo

alemán—, la tienda de campaña, el lecho, la espada y la lanza; el bajel que lo conduce al través de los mares y el carro que lo lleva a la pelea; no son, no pueden ser, para el héroe, simples medios materiales e inanimados. Vive en ellos y en ellos transfunde su inteligencia y su personalidad. Merced a ese estrecho lazo, llega él a prestarles un sello individual, humano y permanente."

De ahí que al imaginar el poeta al bravo capitán de las llanuras apureñas en los días en que aparece a los reclamos de la Gloria, tenga que establecer cierto superior enlace, bajo la influencia de lo maravilloso, entre la naturaleza de aquellas regiones y los hechos del adalid invencible; entre la pujanza del guerrero y los arreos del combate. Erguido sobre ágil bridón habrá de presentársele, a la manera de los legionarios del Rhin en la leyenda germánica, apercibido perennemente a la lucha con un solo ideal en la conciencia. Habrá de verlo siempre seguido de impetuosa hueste, ávida de bélicas emociones; y habrá de hallarlo a toda hora presto a conseguir el concurso de fuerzas misteriosas para completar sus hazañas. En la Mata de la Miel le dará la noche ocasión especial de triunfo; el fuego en Mucuritas mayor motivo de acometimiento; las corrientes del Apure en la boca de Copié singular vehículo de victoria. Y semejante héroe, factor representativo de un nuevo impulso militar, providencial efecto de las sucesivas diversificaciones de la lid, cede al cabo u obedece a la unidad de pensamiento encarnada en el Libertador, como cede, por obra divina, lo superior a lo supremo, el vivido planeta a la poderosa atracción del astro primario.

A poco de haber surgido en apartado linde el caudillo de los indómitos llaneros, retorna Bolívar tras alternativa odisea, de Nueva Granada y de las Antillas, y se entra por diversos lugares y costas, más penetrado que antes de la alteza de su destino, más poseído que nunca del ideal de la Independencia. Trae consigo y desarrolla nuevos elementos de acción; pero como su ánimo requiere aún mayores pruebas para dejar quilatada del todo su noble constancia, al punto las encuentra, bien amargas y rudas, entre algunos de los mismos gloriosos luchadores que buscan a la par de él honra y fortuna para la Patria.

Vuelto después, y ya definitivamente, al suelo nativo, halla el campo como preparado a recibir al protagonista de la Epopeya. Los héroes de la República combaten; mas les falta el espíritu de cohesión llamado a dar siempre a sus actos la poderosa eficiencia del apoyo recíproco y el positivo efecto de la simultaneidad. Páez y Urdaneta, Marino y Bermúdez, Arismendi y Gómez, Piar y Cedeño, Mac Gregor y Soublette, Monagas y Zaraza, sostienen en alto, como la idea que simboliza, el pabellón de la República; pero su gallardo esfuerzo, aun cuando aparezca soberbiamente acrecido con el estímulo de la victoria, no podrá ofrecer los inmediatos resultados de las grandes combinaciones guerreras, mientras deje de sentirse la única influencia capaz de neutralizar tantas voluntades cómo pugnan en el campo de los independientes. La separación del valeroso escocés de las filas patriotas; el anhelo que muestra Urdaneta, desde el fondo de las llanuras, por saber el retorno de Bolívar y obedecer directamente a sus inspiraciones; el carácter local que todavía manifiestan los actos heroicos del hijo de las pampas; todo revela la existencia de ideas contrapuestas entre los defensores de la República, cada vez que se trata, no de poner a prueba el temple de las almas en la pelea, sino de concurrir a la labor común con la previsión de circunstancias militares. Así los laureles segados en el Apure y los trofeos adquiridos en los montículos del Alacrán y en el llano del Juncal, resultan de aislada importancia; y así sobrevienen, aun después de la vuelta del Libertador, reveses debidos a hechos anteriores, cual si entrase en los designios de la Providencia confundir la responsabilidad de todos con la del genio mismo a quien estaba guardado, como al príncipe de Tebas, resolver los graves enigmas de la Patria bajo el influjo de las circunstancias más anormales y contradictorias.

La campaña sobre Guayana y la defensa de Margarita constituyen las mayores preseas de 1817. El bardo a quien toque celebrarlas tendrá que compartir el entusiasmo de la mente con el duelo del corazón, al contemplar la primera envuelta en el incienso de la gloria a la par que empapada en la sangre del martirio, y al hallar reproducidos en la segunda, junto con los brillantes emblemas del triunfo y del heroísmo, los sombríos atributos de la desgracia y de la muerte.

La proeza de San Félix, suficiente por sí sola a dar vida a un poema legendario, guarda epílogo luctuoso, a ella unido por hilo casi invisible que el espíritu de la historia no podrá observar con la serenidad de la justicia sino al través de algunas imparciales generaciones. Los hechos que la inteligencia examina bajo el criterio de la necesidad, pueden resultar a la postre de negativa trascendencia si no se les ve seguir en órbita paralela a la de todos los demás actos nacidos dentro de la misma voluntad que les dio preponderancia. Difícil, ciertamente, es apreciar fuera del respectivo escenario la situación en que se revuelven causas y efectos de manera vertiginosa; y de ahí que la historia aguarde siempre, o tenga el deber de aguardar, la desaparición del légamo o sedimento llevado a la superficie de las cosas por la pasión de los circunstantes, para entrar a ver el fondo de ellas en su genuino estado y llegar a discernir su intrínseca naturaleza. No es durante la torrentosa avenida cuando estudia el hidrólogo la condición del raudal que intenta convertir en benéfico agente, ni tampoco en medio del incendio acierta a considerar el mecánico la acción del calor o del fuego como potencia auxiliar del trabajo y de la industria. Y si la verdad no acepta medias tintas ni la moral admite contemporizaciones, preferible aparece para el Arte, como antes lo dije, radicar en la crítica histórica la apreciación filosófica de ciertos actos o acontecimientos, y no hacerse cargo de los hechos sino en su probada grandeza o en su evidente odiosidad, para dedicarles el himno que merezcan por sus gloriosos efectos o dirigirles el anatema que les cuadre por sus consecuencias ominosas.

Aquel a quien toque trazar el cuadro completo de nuestra Epopeya, juzgará la batalla de San Félix como una de las más brillantes representaciones del genio militar, y verá en los resultados que granjeó para la obra de la República, el vivo testimonio de la presciencia del Libertador y de la fecunda actividad de su alma. Si el bizarro Piar conquistó el laurel, el espíritu de Bolívar le comunicó nueva savia y lo hizo crecer y crecer hasta tornarlo en ramaje pomposo, a cuya sombra habían de realizarse los sucesos que dejaron libre poco después la ancha vía del Orinoco para dilatar la acción de las armas patriotas del uno al otro extremo de Venezuela.

## VII

La combinación promovida en Cariaco, que pudo haber herido de muerte a la República y a la cual no fueron extraños, por mayor contradicción, los Néstores y Ulises de la cruzada independiente, lejos de amilanar a Bolívar le infundió nuevo estímulo para lidiar a un tiempo con la insubordinación de los suyos y con los enemigos de la Patria.

Al holocausto del insigne vencedor de La Torre ha de seguir, como por virtual antítesis de aquellas solemnes circunstancias, un plan de organización política, a la manera de punto iniciativo o de noble prolegómeno de otro mayor o más encumbrado pensamiento. Ninguna de las ideas a que da calor la mente de Bolívar permanece en embrión. Brotan ellas de aquel cerebro como los rayos del foco, para iluminar centros distintos y diversificarse en curso ascendente, sin que les sirva de obstáculo el fracaso parcial ni aun el choque simultáneo con las imposiciones del tiempo y con la voluntad de los mismos destinados a recoger sus

beneficios. Explícate de esa suerte cómo dirigidas unas al mejor éxito del impulso militar y encaminadas otras a resolver problemas de orden estrictamente civil, no discuerdan en sus efectos, y antes bien se muestran unidas entre sí por el lazo de la oportunidad, factor de creciente eficacia en las arduas cuestiones de toda existencia política.

El Libertador necesita anticipar la fuerza moral de la Administración a las tremendas dificultades que en el campo de la guerra habrá de ofrecer desde su principio el año de 1818. Por ello adelanta la creación del Consejo de Estado, apresura la organización del Poder Judicial y hace de Angostura cabeza del Gobierno. La catástrofe del Manapire, a pesar de los efectos que al principio exageradamente se le atribuyen, no logra abatirlo. Con nuevo aliento, como el Anteo mitológico, baja el Orinoco, que acaba de remontar en ejecución de altos planes, y arbitra con inenarrable rapidez poderosos elementos, con los cuales surca otra vez aquellas aguas históricas. ¿Adonde se dirige el agente providencial de los destinos de la Patria? ¿Qué impulso lo guía? ¿A cuál inspiración obedece su paso por el impetuoso raudal, que parece oponerle despeñados tumbos como para adiestrarlo mejor en las lides con los hombres y con la ciega Naturaleza? Va a recoger por sí mismo el tributo de obediencia del hijo de las llanuras y a medir la intensidad de su esfuerzo por la Revolución.

Los soldados de la pampa lo reciben cual numen de victoria. Y a fe que allí lo fuera, como siempre, si el año de 1818 no estuviese de antes designado para acabar de aleccionar en la escuela de la adversidad a los egregios adalides de la República. Las operaciones dispuestas por Bolívar al punto que entra en el territorio de Apure, hallan en Páez inmediato concurso y ulterior salvamento. En las mudanzas de la fortuna militar es donde se prueban los grandes capitanes. Si estos dos defensores de la Patria, disienten allí un instante en el modo de disponer la evolución guerrera, acordes han de andar luego en los medios de aprovechar el triunfo y de reparar la derrota. La marcha a Calabozo produce primero el vencimiento de Morillo. A poco, tras imprevistas escenas, desarrolladas en sucesivos teatros, todas ellas de desolación y de luto y alguna hasta de traición y de vergüenza, se hallan de nuevo Bolívar y Páez en las riberas del Apure, entregados al recuento de campaña tan desastrosa, pero apercebidos a mayores empresas, a máximas acciones en pro de la causa republicana.

Júzgase de Aníbal que por no haber seguido a los vencidos después de la batalla de Cannas dejó de dominar el imperio de Roma. Atribuyese parte no escasa de la gloria marcial de César a su persistente actividad sobre el enemigo en derrota. Y si ésta es norma plausible en todo el que asume los deberes de una situación bélica, mucho más admirable ha de resultar el empeño del que busca próxima ocasión de triunfo en medio de su propio vencimiento. Tal es la actitud del Libertador en horas tan solemnes para Venezuela.

De retorno ya en Angostura previénese a salir de allí otra y otra vez en pos de seguros laureles, antevistos por él mismo bajo la inspiración de la Patria. Para ello resume todas las sugerencias de su propia actividad y saca de las más hondas dificultades diversos recursos de ataque y de defensa, ansioso de contrarrestar la serie de desastres con que el Poder Superior que rige el destino de los pueblos acaba de poner nuevamente a prueba la obra gigantesca de nuestra Independencia nacional.

"En ninguna de las colonias hispanoamericanas —dice Mitre—, la guerra de emancipación fue más porfiada, más heroica ni más trágica que en Venezuela." Las condiciones apuntadas por el historiador argentino vienen a determinar, mejor que otra alguna, el carácter esencialmente épico de la lucha genitora de nuestra existencia republicana. Los alentados varones que en ella figuran, además de haber de combatir constantemente con un enemigo valeroso y tenaz, a quien el orgullo enardece en la derrota y el entusiasmo apasiona en medio del triunfo, tienen que pugnar no pocas veces con elementos de resistencia extraños al hombre mismo, pero que al cabo resultan inferiores a tanta constancia y

ecuanimidad. Ora los detiene la cenagosa corriente de un raudal para constreñirlos a campar en la tostada llanura. Ora se ven compelidos, casi como los titanes de la fábula, a sojuzgar montes y trasponer ventisqueros, para escalar la región enemiga, o a reñir en la planicie desiguales batallas, después de haber vivaqueado en ateridas mesetas, vecinas a las nubes. Las hazañas de 1819 han de distinguirse por esos singulares contrastes. Pero aún más dignos de glorificación hallaremos a nuestros Libertadores, si nos situamos en el mismo trágico escenario de 1818 y los oímos oponer, por labio de Bolívar, al aciago rumor de intervención que traen los vientos del océano, la sublime protesta de noviembre, especie de reto lanzado desde las alturas del Derecho a todo Poder humano capaz de vulnerar de algún modo los fueros de la República. No se esgrimen allí más armas que las de la Razón ni se embraza otro escudo que el de la Justicia; pero la oportunidad en que tal acto se dicta y la elocuente serenidad que lo sanciona, le transmiten carácter esencialmente heroico y lo hacen descollar en nuestros anales guerreros y políticos como soberano ejemplo de fe patriótica y perdurable monumento de fortaleza moral.

## VIII

El espíritu se dilata, señores Académicos, en presencia de los sucesos de 1819. ¡Cuánto de gloria y de heroísmo guarda ese año para Venezuela! Ábrelo, pudiera decirse, el Congreso de febrero, y lo cierra con clave de oro la Constitución Colombiana. Entramos en él bajo la salvaguardia de las Instituciones. Ha llegado el momento de requerir la espada el amparo de la Ley para consagrar sus victorias. Dos columnas marciales, de soberbia altura, separan, a modo de piedras miliarias, el trayecto comprendido entre aquellos dos magnos acontecimientos. Una se yergue a la orilla izquierda del Arauca: la otra se levanta en territorio vecino, sobre los estribos del famoso puente cercano a la villa granadina de Tunja. Acompañadme a contemplarlas...

Por tercera vez sale Bolívar de Angostura con rumbo hacia las dilatadas pampas apureñas. El recién instalado Poder está en manos de verdaderos patricios. Presídelo Zea, estadista experimentado. La enseña de la fortuna militar va con el Libertador: más allá, en la región del Oriente, quedan Urdaneta, Marino, Bermúdez y otros rayos de la guerra, prestos a inundar de nueva y fulgurante gloria los campos de la Patria. En el llano espera el moderno héroe de Tesalia, sin la férrea armadura fabricada por Vulcano a ruego de Tetis, pero sí con la lanza que puso en su diestra la voluntad providencial, propicia a la República. La llegada de Bolívar, la magia de su nombre, comunican fuerza invencible al núcleo campeador comandado por Páez. Morillo presiente algo extraordinario y junta en la línea izquierda del Arauca todos sus aguerridos escuadrones. En la margen derecha están los soldados de la Independencia; y tres grupos de ellos, guiados por la mirada del Libertador y conducidos por el invicto caudillo de la llanura, trasponen con sus corceles las turbias aguas del río, como para observar de cerca la magnitud de aquel gigante de mil y mil brazos que, silencioso y cubierto de hierro, intenta aniquilar allí de un solo golpe la causa republicana.

El avance súbito de los tres grupos de jinetes sobre el poderoso contrario sorprende a la Naturaleza. Tiéndese el sol en el llano con sus rayos más vivos, como para iluminar mejor la escena que se prepara. La brisa enmudece; los árboles del cercano bosque cierran el paso a todo eco, a todo murmullo, y el Arauca mismo detiene su corriente para que las ondas que presencian el comienzo de la acción asistan, como testigos, a su prodigioso desenlace. Justa singular, sin explicación posible. Duelo sublime ése, que sólo en el provocado por el héroe lacedemonio en la estrechura del Asopo, o en el sostenido por Cocles desde el puente del

Tibre, pudiera hallar antecedente capaz de darle visos o condiciones de verosimilitud. Herodoto y Tito Livio, narradores de aquéllos, no imaginaron su reproducción. El resultado de él mide tales proporciones, que para describirlo fuera menester evocarlo por completo en su incomprensible realidad. Ninguno de vosotros habrá contemplado ese monumento sin pasmo en el espíritu, ni dejado de acudir, para cerciorarse de la verdad de su existencia, al acto que la confirma de manera inapelable; acto que Bolívar autoriza, Briceño Méndez refrenda y autentiza Soubllette. La alteza del testimonio corresponde a la majestad del asunto. Así siempre. Por Josué sabemos de Jericó; de Salamina por Esquilo. La hazaña del Arauca, que ya cada uno de vosotros habrá puesto de nuevo ante los ojos del espíritu, ocupa desde su realización página especial en la Historia y tendrá que figurar entre las más altivas representaciones de la Epopeya.

Diezmado el ejército español se interna en Achaguas. Bolívar, en el heroico empeño de extender incesantemente el horizonte de la gloria patria, concibe entonces y comunica a sus tenientes el plan de campaña más audaz y peligroso que pueda haber forjado la mente de un guerrero. Quiere libertar el territorio hermano, dominado por legión numerosa, e ir a la obra por entre dificultades sin cuento, hijas todas de la condición misma que ofrece la ruta escogida obligatoriamente para la marcha.

Tras el paso del Niemen no halló tantos obstáculos el César francés, si se considera la lógica relación de las circunstancias. Allí contribuyó a la empresa el fruto de anteriores conquistas sobre emporios inagotables. Aquí la dificulta el mísero estado de los luchadores, a quienes no da la victoria botín abundoso sino lauros inmarcesibles. Si allí se ofreció, con el espectro del invierno, la extensión de las estepas desoladas, aquí siguió a las fragosidades del primer trayecto la inclemencia del páramo aterrador. Allí iba un agregado de pueblos en pos de una hegemonía militar. Aquí va un grupo de héroes a ofrecer pan de libertad, todavía empapado en la sangre del sacrificio.

Los setenta y cinco días que median entre la salida de Mantecal y la ocupación de Tunja, discurren, como carrera de martirio, bajo creciente ansiedad. Mas el desfallecimiento, si lo hay, todos lo ocultan. Para galardonar tamaña entereza, para corresponder a tal perseverancia, se necesitan trofeos que traigan consigo la libertad de un pueblo entero. Sólo así pudiera alcanzar tan dolorosa marcha cabal justificación. El descanso de las fatigas por la libertad, no lo acepta el soldado de la gloria sino bajo los laureles del triunfo. Pantano de Vargas como episodio y Boyacá como desenlace de la tremenda cruzada, bastan a definir el carácter de ese legendario esfuerzo. La obra y el premio concuerdan entre sí. El sueño de Bolívar, la creación de Colombia, cobra de improviso viviente realidad.

## IX

Con ánimo generoso pone el héroe en olvido, al presentarse súbitamente en Angostura, cuanto allí contribuyera a enturbiar la próspera corriente de los sucesos; y después de exponer en rápida síntesis el cuadro de la prodigiosa campaña como la mejor defensa de su imaginada deserción, traza con la punta del acero ante los sacerdotes de la Ley el nuevo solar de la Patria, ya extraordinariamente ensanchado a poder de hazañas y de victorias.

Los actos del genio no ejercen tan poderosa influencia por sus efectos inmediatos como por la órbita que demarcan a sucesivos acontecimientos. Así tras los insólitos hechos realizados por el Libertador en el territorio contérmino, hemos de hallar más cónsona con las imperiosas necesidades de la guerra la acción simultánea de los soldados de la República. Verdad es que en los principales baluartes de la costa extendida desde Cumaná hasta

Cartagena flamea aún el pabellón de la conquista; mas si en la región oriental no alcanza todavía el denodado Bermúdez a rendir el símbolo de la antigua dominación, ni consigue en Nueva Granada el bravo Montilla, debido en parte a la innoble conducta de advenedizas tropas, dominar del todo el litoral señalado a sus armas, en los intentos de tales lidiadores, tanto como en el esfuerzo de los que batallan de continuo en el corazón de las sierras y en el ámbito de las llanuras, se advierte ya cierto impulso decisivo, a que presta mayor pujanza moral la unión política proclamada por la resonante trompeta de Boyacá con ecos para las huestes españolas verdaderamente apocalípticas.

El grito de libertad lanzado en Cádiz, llega entre tanto, traído por las tempestades del océano. Nuevos principios vienen tras él a servir como vínculo de acercamiento entre los representantes de la sociedad antigua y los sustentadores de las modernas ideas. Empero, si el anhelo de las almas patriotas ha de solicitar, como antes, la extirpación en el suelo nativo de toda simiente extraña a la ya convertida en encina gigantesca, regada con la sangre de una generación de héroes y de mártires y tendida en sombra benéfica sobre gran parte del territorio, el avenimiento tiene que resultar de todo en todo disconforme con las necesidades de la Patria y con la honra de la República. Continuará la lucha; pero de su corta tregua recogerá la Historia elocuentísima enseñanza para los que busquen en lo futuro timbre soberano en los estrados de la guerra. Con nuevo fulgor brillará ahora la gloria de Bolívar y la de sus insignes colaboradores en el postrer período de la Independencia.

El aniquilamiento del contrario constituye alta ejecutoria para el guerrero que lucha con ardor por el triunfo de una causa donde están vinculados a sus ojos los fueros de la Justicia. El logro de ese fin pide valor heroico, suprema constancia, intuición poderosa, condiciones que en los grandes capitanes resume la Providencia. Al ejercicio de ellas no cuadra ni presta mayor eficacia acto alguno contrario a los nobles principios que la Humanidad preconiza, aun en medio del vértigo de las pasiones. Aniquilar al enemigo es sólo reducirlo a la impotencia para proseguir en la pugna. En el campo del combate es donde únicamente se decide la fortuna de las banderas. La que queda enhiesta no necesita nueva sangre para confirmar su victoria. El soldado que cae en medio del fragor de la pelea, es héroe: el que sucumbe por obra de la pasión, tras las dianas del triunfo, es mártir; y los hijos de la libertad no decretan nunca el martirio, sino lo aceptan con alma integérrima para sí propios, cuando lo exige la desapoderada venganza del inexorable contendor. El respeto a la vida del vencido agrega nueva láurea a la ya conquistada en el palenque, o viene a producir la doble y perdurable victoria que magistralmente define uno de los más altos representantes de la Dramática española:

Matar pude, vencedor  
De vos sólo; mas así  
He vencido a vos y a mí  
Que es la victoria mayor.

La victoria el matador  
Abrevia, y el que ha sabido  
Perdonar, la hace mayor,  
Pues mientras vive el vencido  
Venciendo está el vencedor.

La regularización de la guerra, idea que desde 1816 enseñoreaba el alma de Bolívar, forma su mejor corona triunfal en 1820. Notoria es la dolorosa impresión que produjo en su espíritu la noticia de las ejecuciones del 11 de octubre de 1819 en Santa Fe. Entre el indulto general, dictado bajo su inspiración por el Congreso Venezolano de ese año, y los fusilamientos de Cundinamarca, medían apenas ocho meses; distancia bien corta en la medida del tiempo, pero que resulta inmensa si se atiende a la antitética calidad de tales hechos y a la retroactiva significación del último por su anacrónico enlace con circunstancias cuya repetición es imposible.

Acto sabio y moral, política y militarmente considerado, es el que ha de cambiar de modo definitivo el aspecto de la guerra. En el ánimo de Bolívar entra con todo el poder de la convicción la necesidad de someter las hostilidades a leyes reguladoras. Para dar forma al pensamiento, de concierto con el otro beligerante, designa a uno de los soldados más expertos en las lides del deber, a uno de los que sienten con mayor intensidad el deseo de servir constantemente a la Patria con la espada y con la inteligencia. El Tratado que, según las propias palabras del Libertador, debía ser "un monumento de civilización, de liberalidad y filantropía", aparece al fin como dictado desde alta trípode por varones de relevante austeridad. Sobre el nombre de Sucre y el de los otros dos patricios que suscriben en representación de la República acto de tamaña trascendencia, descuella o resalta, cual cifra de luz, el del generoso caudillo venezolano que, además de haber logrado unificar las pasiones políticas de la época, consigue, en lo que falta de la lucha, someter al código de la hidalguía la acción de los batalladores por la Independencia y por la Patria.

Sobreponerse así a resoluciones adoptadas en forma tan solemne como la de 1813; desvanecer sus efectos por medio de una enérgica evolución del albedrío personal; proclamar a la faz de América y del Mundo la supremacía de principios cuya observancia se había rechazado antes con igual convicción y firmeza, es algo más que triunfar marcialmente de huestes superiores, algo más que contener ímpetus extraños, porque aquí el campo de batalla es el alma misma, y la voluntad, fuerza única que se revuelve sobre sí propia en contradictorio empeño, antes de definir lo que mejor convenga al heroísmo y a la gloria.

De la grandeza épica de tales situaciones, fían las reglas y doctrinas que han establecido insignes maestros para mayor realce de las obras destinadas a celebrar los hechos magnos de los pueblos y de los hombres. El crítico Lemercier, a quien se debe la enumeración acaso más amplia de las cualidades artísticas que ha de ofrecer la Epopeya, deduce de la moral de los héroes un principio especial de emociones para el alma y de enseñanzas para la inteligencia. Y en verdad que si a los atributos del valor y de la fuerza, a los dones de la fe y de la constancia, se juntan en el protagonista y en los demás personajes del cuadro épico virtudes de otro orden, como la que dio vida real, por parte de nuestros Libertadores, al acto sublime de 1820, doble arbitrio hallará el poeta para delinear cada figura con la nobleza característica de que principalmente ha de depender su existencia ideal por el sentimiento, tanto como su eterna consagración por el Arte.

Los actores de las grandes proezas históricas no prestan siempre a la inspiración la misma fuerza impulsiva. Si a las veces ensanchan por su naturaleza individual el marco luminoso destinado a contenerlos, obligan en otras ocasiones a los austeros sacerdotes de la poesía a reducirlos a la esfera estricta del hecho, de la hazaña o del triunfo en que se cifra su fama militar, sin animarlos con el fuego creador de la imaginación. De una u otra circunstancia nace la mayor o la menor alteza con que aparecen en la escena los caracteres, y el efecto que producen en el desenvolvimiento de la acción heroica. Pocos serán los que en la guerra magna de Venezuela no puedan presentarse a los ojos de la fantasía con brillo, colores, pasiones y virtudes, suficientes a darles condiciones de sublimidad para perdurar sin extraño



auxilio en los fulgurantes cuadros de nuestra Epopeya. Depurada en siete años de lucha sin tregua la gloria de nuestros Libertadores, aparece para 1820 en toda su genuina majestad. La influencia negativa de accidentales sucesos queda desvanecida para siempre, bajo la acción o al impulso de otros hechos providenciales. Y los muy contados capitanes que sienten gravitar sobre sí alguna responsabilidad dolorosa, sin poder, a semejanza del gigante de la tradición eslava, desasirse del peso de ella ni con la espada que representa sus títulos al aplauso de la posteridad, buscan en otros campos luz indeficiente para envolver su figura moral, a fin de no llevar al hermoso escenario de 1821, magnificado por la gloria de Bolívar y la bravura de sus más egregios tenientes, ni un jirón de sombra capaz de velar los rayos del nuevo sol que ya se dispone a lucir en el cielo de la República.

## X

La voz del clarín anuncia improvisamente, al expirar abril, el último duelo entre los hijos de la Libertad y sus antiguos dominadores. Todo es propicio a los adalides de la Patria. Importantes ciudades y territorios se han incorporado con entusiasmo al Gobierno de los Independientes; pero aún resta vencer a más de diez mil soldados que tremolan, diligentes y resueltos, tanto en Caracas como en Cumaná, así en Calabozo como en diversos puntos estratégicos, la enseña real de España. Comprende Bolívar la necesidad de probar otra vez en una gran batalla el empuje de las armas libertadoras; y, lleno de previsión y de fe, concentra sus huestes, dispone infinitos medios de acción, recorre los campamentos, o avía, disciplina y avitualla nuevos y nuevos escuadrones. Con facultad ubicua atiende entre tanto a la seguridad de Maracaibo, vela por la de Trujillo, aprovecha circunstancias favorables en las comarcas del centro, hasta que, satisfecho ya de la obra iniciativa de la campaña, va él mismo a requerir el concurso del vencedor de las llanuras como fianza del éxito que se propone alcanzar en el ya inminente encuentro con todas las legiones españolas.

El 24 de junio despinata en el horizonte. La sabana de Carabobo se decora con los más valiosos atributos de la luz, como para servir de teatro a sobrenaturales sucesos. No retumba allí el acento de Júpiter, como en el vigésimo canto de la Epopeya homérica, para convocar a los dioses en la hora del supremo combate; pero vibra la voz de mando de Bolívar, más pujante que la del hijo de Saturno por el ardor que despierta entre los defensores de la Patria. ¿Quiénes la obedecen? Páez, con cuerpo de jinetes y de infantes como los de Arauca y los de Apure: Cedeño, con batallones como el de Boyacá y el de Vargas: Plaza, con regimientos como el de Anzoátegui y el de Granaderos. El moderno Aquiles mueve la lanza del Yagual y de las Queseras. Enarbola el otro, nuevo Idomeneo, el templado y punzante hierro de la campaña de Guayana. El último, más que Filoctetes sereno en la pelea, empuña el acero con que combatió gloriosamente en las comarcas granadinas.

La última y más gloriosa victoria de Colombia, como había de llamarla el Libertador, va a realizarse. Aquel campo, funesto para las armas de los dominadores, se agita ya, bajo los cascos de la caballería española, con fatídico movimiento. Acaso las huestes de La Torre y de Morales oigan el subterráneo y misterioso trotar de los escuadrones de Cagigal y de Cevallos, que vienen a recordarles cómo siete años antes fueron allí vencidos y deshechos por la misma espada de Bolívar, por la espada a cuyo brillo surgen ahora definitivas esperanzas de triunfo para las armas republicanas.

Cuatro de los batallones enemigos intentan contener el ímpetu con que Páez avanza a toda rienda para ganar la llanura. Ni el desfiladero lo amedrenta, ni el río de fuego que desde la enhiesta colina inflama el campo, corta un instante su carrera victoriosa. Las haces españolas

se agolpan en un punto, o en acción alternativa se separan, hasta que, hostigadas por los jinetes del Apure, toman, ya vencidas, la ruta de Valencia. Dispersas y rotas, se rehacen en parte y aún denodadas resisten, bajo la dirección de experto capitán, a quien allí toca revalidar las ejecutorias del soldado español como valiente y aguerrido.

El sol se retira lentamente tal vez ufano de haber iluminado tan alta victoria. Mas ¡ah! ¡También acaba de alumbrar doble escena de aflicción para la República! ¡Oíd, si no, cómo pide Bolívar homenaje de respeto y de dolor para la memoria del bravo de los bravos, del ínclito Cedeño! ¡Oíd cómo demanda a Colombia tributo de lágrimas para el malogrado adalid, para Plaza el valeroso! Los laureles de la Patria se riegan con la sangre de los héroes: es ley inexorable; pero es también deber imperioso cubrir con las palmas de la gratitud la tumba de los que así nos dejan, a par del ejemplo de su muerte, el recuerdo de sus esfuerzos como tesoro de gloria.

## XI

Del campo de Carabobo saca el Libertador inspiraciones supremas en pro de la República. El ámbito de su fama se dilata y no quiere verlo sucesivamente extendido sino a medida que acrezcan y se aquilaten los timbres de Colombia. Por ello, después de vincular en la fuerza de uno de sus mayores capitanes y en la austera discreción de otro la seguridad de Venezuela, se apercibe a salvar la frontera nativa, en busca de nuevo escenario para el ardimiento de las falanges libertadoras.

La dominación española languidece, entre tanto, en la escasa parte que le queda de la República. Si Morales obra aún prodigios de actividad, y merced a ellos cae por once meses bajo su diestra la plaza de Maracaibo, ni se turba ni se debilita el plan preconcebido por los directores de la guerra. Cartagena, el gran baluarte granadino, rendido a Montilla desde octubre de 1821, habrá de coadyuvar a la posesión de la costa occidental venezolana; y uno de sus esforzados sitiadores, el experto Padilla, logrará en breve franquear el histórico lago a las naves de la República.

Con el nocturno asalto del 7 de noviembre de 1823 queda expugnado Puerto Cabello y arriada la bandera española en el postrer bastión que conservaba en Venezuela. Cierra tal empresa, heroica como de Páez, el sangriento y memorable período de nuestra guerra de emancipación. Las armas de la República continúan su obra de libertad en territorios hermanos, guiadas por el acervo que en el suelo nativo les abrió tantas veces el surco de la victoria. Nueva Epopeya se realiza desde el Pichincha hasta el Illimani, y nuevos laureles tocan en ella a los soldados aquí vencedores. Como si los términos del suelo patrio no hubieran podido contener tan abundante caudal de gloria, fue éste a desbordarse, con benéfico impulso, sobre pueblos empeñados todavía en lucha terrible por su Independencia y por su Libertad.

Al rayar la aurora de 1824 no es ya Venezuela campo de batalla; pero como en los once años de contienda se ha vivido tanto del heroísmo, y tanto se ha respirado la atmósfera humeante del combate por amor a la Independencia, fuerza es plantar en el suelo, ya libre, simbólico laurel, cual ofrenda debida a esa reciente edad de sacrificios y de grandezas. Fuerza es plantarlo, para que bajo su limpio ramaje entonen las generaciones futuras el himno del reconocimiento y aspiren aroma de gloria los vates a quienes cumpla celebrar, con los sonos de la trompa homérica, el esfuerzo de varones tan acreedores como aquéllos a la admiración de sus hijos y a los fueros de la inmortalidad.

Muchos de los ingenios de la República han penetrado ya en ese campo de luz y recogido en él frutos preciadísimos. Y si hubiéramos, señores Académicos, de hacer aquí ahora el recuento de la labor intelectual que os ha franqueado con justicia verdadera este augusto recinto, ninguno de vosotros dejaría de presentar algo noblemente destinado a la celebración de aquellos hechos o a la glorificación de aquellos patricios. Dos, principalmente, han puesto el tesoro de su saber y las galas de su fantasía como al servicio de la Patria, para indicar rumbos provechosos a los poetas que en lo porvenir aspiren a trazar el cuadro completo de la Epopeya de nuestra emancipación. Uno de ellos, después de haber puesto ante sus ojos los sucesos más salientes de nuestra historia militar de 1814 a 1821, formó de todos, con vistosísimo engarce, brillante serie de preseas, para ofrendarla, a modo de diadema triunfal y bajo la inspiración del más acendrado patriotismo, en las aras de la República. Socorrido el otro del numeroso ritmo castellano, evocó desde la colina de Carabobo, a los héroes principales de la Independencia, y en radio circunspectivo nos hizo recorrer en pos de ellos todo un zodíaco de triunfos, hermoseedo con los colores de su bizarra imaginación. La muestra dada en tales ocasiones por esos dos altos representantes de nuestras letras, constituye prenda bien valedera de cuanto se puede espigar en ese campo con el poderoso auxilio de la Poesía y el noble ascendiente de la Gloria. La naturaleza legendaria de los hechos de nuestra magna lucha y el carácter eminentemente épico de sus primeros actores, son hoy, y habrán de ser en lo futuro, fuente de altas enseñanzas para el patriotismo y de fecunda inspiración para el Arte.

¡Bien haya la Patria que ofrece tan rico abolengo! ¡Bien haya el suelo donde pudo germinar tan vivaz y lozana la simiente del heroísmo!